

POETAS TURCOS CONTEMPORANEOS

OSCAR ECHEVERRI MEJIA

(Original para la Revista del Rosario)

¡Qué poco conocemos en Colombia la literatura turca! Incluso ¡qué poco conocemos a ese misterioso país, mitad europeo, mitad asiático! Sin embargo, allí hay ciudades legendarias, como Estambul (la antigua Bizancio); allí está Helesponto, el mar de Mármara (al que en una época se le llamó **Propóntide**), el monte Ararat, donde desembarcó el Arca de Noé. País cargado de historia y de leyendas, es una República desde 1923, y gracias a Mustafá Kemal, el "Padre de los turcos", Turquía se ha incorporado al mundo occidental al adoptar la mayor parte de sus costumbres y legislación.

He pensado todo esto y mucho más, al leer un precioso tomo de **Poetas turcos contemporáneos** que me ha regalado en Madrid, durante mi reciente viaje, el escritor turco Soliman Salom. Se trata de una antología recogida y traducida por él mismo, que comprende los poetas de su país de la **generación intermedia**; es decir, de los nacidos entre 1907 y 1920.

En el prólogo de su antología, Salom advierte que ésta no pretende ser exhaustiva; y agrega que su colección recoge **algunos** de los poetas turcos que él considera representativos de la poesía turca actual, y de su sensibilidad.

El autor de esta antología nació en Edirne, en 1921. Hizo sus estudios en su ciudad natal y más tarde en París. Yo tuve el privilegio de conocerlo en 1957, cuando residí por espacio de año y medio en Madrid en donde él era Agregado de Prensa de la Embajada de su país. Salom ha publicado las siguientes obras: **Brumes et Soleils** (1940), poemas en francés; **Les Juifs** (1942), teatro; **Poèmes** (1946); **Cinsiyet**

Dünyasi (1947), en colaboración con Sabih Oktay, en turco; **Mon Petit Fou** (1950); **España** (1955), y **La Roca Desnuda** (1958), poemas en castellano.

Lo primero que se advierte en la antología de Soliman Salom es la destreza del traductor y su profundo conocimiento no sólo de la mecánica del verso, sino de la lengua castellana. No en vano Salom es un excelente y fino poeta en nuestro idioma, como lo atestiguan los dos últimos libros nombrados en la lista de sus obras.

Como, por excesiva modestia, Soliman Salom no se incluye en su compilación de poetas turcos contemporáneos, creo de justicia citar aquí una pequeña muestra de su poesía, tomada de su último libro publicado, **La Roca Desnuda**:

“... Un poco de sueño ha bastado
para que dejen de existir
las ciudades
para que se apaguen las rutas inmensas
y la embriaguez de las calles,
y las aldeas misteriosas...”

(De “Nieve”)

España le ha dado a Soliman Salom, al decir de José Hierro, “un lenguaje preciso y matizado, útil, por tanto, para el ejercicio poético”. Es asombroso, en verdad, el dominio que de nuestra lengua tiene este poeta nacido en Turquía, quien —además— domina el francés. Pero Salom no tiene solamente erudición, elemento quizá importante pero no esencial en la poesía; posee, ante todo, sensibilidad y —si se quiere— eso que los poetas novísimos abominan: inspiración, don poético.

Esta rápida presentación del autor de la antología que me ocupa, sirve para que quien lea estas líneas sepa que aquél es un hombre capaz no sólo de verter a los poetas de su patria al castellano, sino de verterlos con fidelidad y sin estropearlos ni tergiversarlos, condiciones mínimas que deben exigirse al traductor.

Poetas turcos contemporáneos es una antología de 38 autores muy disímiles y de tendencias diversas, pero indudablemente de valor innegable aunque muy dispar. Al lado de poetas tan pueriles (al menos en las muestras que

ofrece el antologista) como Salah Birsél, o tan abstrusos como Orhan M. Ariburnu, hay en esta colección poetas inmensos, como Ahmet Hasim (1884-1933), llamado el “Mallarmé turco”, de quien deseo citar un fragmento de su poema **Los Caminos** (que me recuerda un poco el famoso y espléndido de Gilberto Garrido):

“Los caminos
se alejan, solitarios, desiertos, eternos.
Cada uno de los caminos se ha convertido
en una línea silenciosa.
—¿Hacia qué ciudad soñada
se dirigen, así,
en el polvo de la noche,
los caminos,
solitarios y mudos?”

¿Y qué decir de los versos de Faruk Nafiz Camlibel? Este poeta, nacido en 1898, tiene una vasta obra que incluye poesía, teatro y novela. He aquí una pequeña muestra de **El solitario**:

“... Las mañanas de este lugar son más bellas que las noches.
Y, mientras ando codo con codo con mi sombra,
soy como un pastor sin rebaño...”

y otra de **Círculo en el agua**:

“Elévate, porque estoy desgarrado de dolor en este desierto,
más duro aún para el solitario que para el muerto”

Observo, leyendo la antología de Soliman Salom, que un común denominador de tristeza, de amor y de muerte, une a estos poetas tan disímiles en estilo y en calidad. Hojeemos rápidamente el libro, y veamos coincidencias en el tema de la muerte. Mientras Omer Bedreddin Gokbelen escribe su **Ultimo deseo**: “... quizá la dulce amiga que pisotea mi alma / llore sobre mi tumba, y pase...”; Cahit Sitki Taranci dice bellamente en **Después de la muerte**: “Vivir es algo a lo que nos habíamos acostumbrado”; y Bedri Rahmi Eyüboğlu exclama en **Podredumbre**: “Tú te pudres, hermano mío, debajo de la tierra / y yo, sobre ella”; en tanto que Orhan Veli Kanik (una especie de Luis Carlos López turco) afirma entre filosófico y burlón en **Piedra funeraria de un soldado**: “La muerte es orden de Dios... / pero cuesta tanto separarse”.

Para no alargarme, corto aquí las citas, que podrían ser cientos. Y traigo algunas coincidencias en el tono amoroso. Ahmet Hasim, ya citado, dice en **Centelleo**: “La he contemplado en silencio, desde lejos, / mientras se reflejaba ese río sobre ella”. Necip Fazil Kisakürek grita en **Codicia**: “Pide, si quieres, socorro al mundo entero. / Estamos tú y yo solos en la tierra”. Y Kemaleddin Kami Kamu susurra en su **Epitafio**: “Su principio y su fin eran la verdad. / Y la he perdido persiguiendo a una mortal”. Yasar Nabi Neyir, dice en tono casi “piedracielista”: “El mar, esta noche, se animó en tus ojos / y desde tus ojos azules te has confundido con el mar”. Hay también, ya lo dije, un común tono de nostalgia y de tristeza en esta poesía turca de ahora. ¿Qué son si no, esos versos de Ziya Osman Saba en **Mi infancia?**: “País que se perfila en mis ojos, / nostalgia ya infinita para mí, / inmensa tristeza mi infancia”. Y los de Cahit Sitki Teranci, en **Noche en los espejos**:

“De nuevo, solos con nosotros;
de nuevo, solos; totalmente solos.
Aquello es el día que termina:
no nos ha dejado ni luz, ni color”

También Sabahattin Kudret expresa su tristeza en **Hasta la mañana**:

“Abro mi ventana a la noche,
y de pronto
la nostalgia se apodera de mí”.

¿Y qué decir de las palabras terribles de Cahit Sitki Taranci en **Después de la muerte?**: “Si la buscamos, no encontramos nuestra sombra. / Sobre cualquier agua que nos inclinemos, / ya no estamos”.

Toda antología es incompleta, pues está hecha al gusto de su autor; además, en un libro de 153 páginas era imposible recoger **toda** la poesía turca contemporánea. Ya lo advierte el antologista en el prólogo: él eligió a los poetas inspirado únicamente en sus propios gustos, en sus preferencias y solas opiniones.

Lo que importa en las antologías es su balance final. El de esta de Soliman Salom es ampliamente favorable tanto al antologista como a la poesía de su país.

EN TORNO AL TEMA DE LA HORA

HERNANDO LOPEZ NARVAEZ

Dentro de breve tiempo, tal vez a finales de este mismo año de gracia de 1961, el hombre arribará a uno cualquiera de los mundos que forman nuestro sistema planetario. Ante el anuncio soviético de que en próxima fecha Rusia lanzará un hombre al espacio, ya se puede registrar el hecho.

Los comburentes y combustibles elaborados por químicos expertos en pirotécnica ultraestelar, permiten desplazamientos a velocidad del orden de los mil kilómetros por segundo, lo cual significa que por el momento nos hallamos a seis horas de Eros —el asteroide que se bambolea entre Marte y la Tierra—, a once horas de Venus y a quince de Marte.

La densa y conturbadora frase de Pascal: “el silencio de los espacios infinitos me aterra”, en la que tanto payo para su hipótesis ha creído encontrar la vistosa y desigual capilla del existencialismo, yace hoy obsoleta y tan desprovista de contenido como el propio vacío a que alude; al pasado metafísico que promueve el ambiente nocturno y su pitagórico rumor, lo sustituye ahora una incomprensible ansiedad por develar su lobrete y su misterio.

La generación de los veinte años, esta de los astronautas del futuro inmediato, frente a la viva palpación del firmamento, ante la sorda y titilante profundidad de la columna cósmica, no siente ya aquel estremecimiento de pavor y elación teológica, aquel llamado silencioso a la meditación, aquella inexpresable y conmovida esperanza por la cercanía de Dios que experimenta quien deje vagar la mirada bajo “la alta noche de diamante o de enlutecido azul” —que dirían los poetas— o aquel que alguna vez, provisto de ade-